

Burguesía nacional III

De nuevo sobre la burguesía nacional

Una nota con fines didácticos

*Jorge Schvarzer**

La burguesía nacional se ha puesto, nuevamente, de moda en estos días. En rigor, bastó que el presidente de la Nación mencionara su interés por consolidar ese grupo social para que se lanzara un debate amplio sobre un tema que había “quedado debajo de la alfombra” en los aciagos años '90. Ese olvido era explicable cuando la prioridad de la política económica se volcaba a la especulación financiera y el aliento sin límites al ingreso y salida de divisas en el país. Era explicable, también, debido a que buena parte de la opinión pública había perdido su entusiasmo por esa burguesía local desde fines de la década de los ochenta; las experiencias concretas y desafortunadas que experimentó la sociedad frente a algunos de los mayores empresarios y

ejecutivos locales fueron determinantes en ese sentido. Pero ni la desilusión ni la moda son buenos consejeros.

La burguesía nacional, por otra parte, estaba de moda ya hace medio siglo en la Argentina. En ese entonces, Milcíades Peña comenzó un estudio sobre ella señalando que era “tan famosa como la Dolores de Calatayud” (recordando una canción de moda, hoy más olvidada que la propia burguesía nacional). Su conclusión, luego de un largo recorrido de “apuntes biográficos” sobre la conducta y percepciones visibles de los miembros más encumbrados de la burguesía local, consistió en que no poseía “ningún fuego revolucionario”; por lo tanto, predecía, ella sería incapaz de en-

* Ingeniero especializado en economía. Autor de diversos libros y artículos sobre economía y la industria argentina. Director del CESPA (Centro de estudios sobre la situación y perspectivas de la Argentina), Universidad de Buenos Aires

frentar a los terratenientes y al imperialismo, que se oponían a las tareas de la emancipación nacional. Su tesis fue confirmada por la historia siguiente, que mostró una y otra vez la incapacidad de los sectores dominantes del país de avanzar siquiera en el sendero del desarrollo económico; más allá de avances parciales, no siempre despreciables pero nunca consolidados, la Argentina siguió un derrotero con vaivenes lamentables que, a partir de 1976, se convirtió en un claro retroceso de sus estructuras productivas y sociales.

La moda de la burguesía nacional, en realidad, había comenzado un siglo antes de Peña, pero ya no como un tema local, sino como una visión sobre un grupo social cuyo destino supuesto consistía, entre otras variables, en promover el desarrollo de los países avanzados. Irónicamente, esa idea aparece en el Manifiesto Comunista, publicado por Marx y Engels en 1848. Ese texto presenta una de las visiones más elogiosas que se hayan escrito del carácter transformador de la burguesía de las primeras naciones industriales, aunque su contenido estuviera destinado a promover su derrocamiento. Si bien es cierto que ese manifiesto inaugura la gran oleada política del movimiento comunista, no es menos cierto que allí se presentan afirmaciones de orden histórico que tienen un carácter positivo y diferente a la propuesta final. La burguesía, dice, “ha desempeñado en el transcur-

so de la historia un papel verdaderamente revolucionario ... ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas” ... “En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el control de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación a vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo...”.

Basta releer ese texto, del que apenas citamos unas líneas, para confirmar que los autores del Manifiesto hacen afirmaciones que provocarían el enojo de muchos de sus presuntos seguidores, quienes vuelcan, con más entusiasmo que rigor, su interés exclusivo sobre las páginas proféticas que siguen. Por eso, muchos lectores no parecen reconocer que durante el siglo y medio que siguió a ese texto, la burguesía (en rigor, algunos grupos burgueses) siguió recorriendo ese camino de “revolucionar constantemente las fuerzas productivas y las relaciones de producción”, tarea que no se ha detenido. En efecto, bastaría reemplazar los ejemplos señalados en aquel texto clásico por los

aviones a reacción, el teléfono celular, la biotecnología, la computadora y los casi increíbles efectos de las redes de Internet, para que parezca un texto actual.

En resumen, Marx y Engels le otorgan un carácter revolucionario a la burguesía de los países desarrollados donde el término revolucionario tiene un doble sentido. Por un lado, ellas revolucionan las técnicas productivas y, al mismo tiempo, provocan un cambio profundo en las relaciones sociales. El pronóstico de aquellos teóricos termina afirmando que ambas transformaciones están generando la clase social destinada a derrocarla y superar el proceso histórico, apoyado en la nueva riqueza creada por la revolución productiva. Pero un diagnóstico es muy diferente a un pronóstico y resulta tan decisivo comprender por qué se lanzó aquel como interpretar por qué no se cumplió. La tarea es compleja y escapa a esta nota, pero lo cierto es que durante el largo siglo y medio que siguió a esa propuesta, la burguesía de las naciones desarrolladas continuó generando un enorme avance de las fuerzas productivas y las consiguientes transformaciones sociales que han convertido a las sociedades modernas en fenómenos muy distintos a los del pasado. La expansión del número y riqueza de las clases medias desmintió la hipótesis de la tendencia a la concentración del sistema en sólo dos clases enfrentadas. En el lado negativo del balance figura,

sin duda, una explotación despiadada de los trabajadores (pero no de todos), las groseras disparidades distributivas, el atropello a las sociedades más pobres y la destrucción de las riquezas naturales del planeta. Aun así, no parece menos asombroso que cientos de millones de personas vivan hoy disponiendo de un acceso a bienes y servicios cuya magnitud y calidad estaría más allá de las posibilidades, y hasta de la imaginación más portentosa, de los reyes y príncipes del pasado.

Esa burguesía pionera fue imitada por otras que tendieron a incorporar a sus naciones, y a sí mismas, como clase dirigente, a la fiesta del desarrollo económico; ellas son las burguesías nacionales del presente que existen en diferentes lugares del planeta. Es un hecho que puede verificarse que no hay nación desarrollada, ni en proceso firme de desarrollo, que no esté dirigida por una burguesía nacional dispuesta a generar el máximo de riqueza en su país y hacer oír su voz en el concierto mundial. El Japón fue el primero en imitar la experiencia de las naciones más desarrolladas de Europa y Estados Unidos a fines del siglo XIX, pero no fue el único caso; en el último medio siglo lo imitaron, a su vez, las burguesías de Corea del Sur y Taiwan, entre otras, como ejemplo de que el desarrollo nacional es posible, aunque de ninguna manera fácil, en los tiempos modernos. Y hasta la China, controlada políti-

camente por los herederos del partido comunista, está siguiendo un curso similar a un ritmo que no tiene antecedentes en la historia.

La nueva riqueza de Corea del Sur presenta uno de los datos más sugestivos al respecto. El producto bruto per cápita de esa nación ha crecido cien veces en valores nominales en los últimos 40 años y unas veinte veces en valores reales; más aún, ese proceso sigue avanzando año a año casi sin respiro. Una nación que se contaba entre las más pobres del universo, que había pasado más de medio siglo como colonia japonesa y sufrido, durante la década de los cincuenta, una guerra de dimensiones colosales, pasó de un salto a convertirse en un modelo de nación en desarrollo que va camino de ubicarse entre las potencias del planeta¹. No resulta casual que en ese avance surgieran grupos empresarios poderosos que avanzan con su oferta productiva sobre todo el mercado mundial. Los mayores *chaebol*, como se conoce a esos grupos, han ganado un espacio entre las mayores empresas del mundo y sus nombres son hoy conocidos *urbi et orbi*.

Adelantémonos a señalar que no

es posible comparar a los *chaebol* con los capitanes de la Argentina; cualquier intento en ese sentido dejaría muy mal parados a estos últimos. Ningún grupo local alcanzó las dimensiones de aquéllos, ni presenta su dinamismo, aunque hay varios que se forjaron como grandes mucho antes de que los empresarios coreanos pudieran siquiera ser considerados como tales². Peor aún, los capitanes locales, como parte de la sociedad argentina y de sus grupos dirigentes, fueron incapaces de transformar la Argentina y ponerla en el camino del desarrollo; y esto a pesar de que, en términos objetivos, la tarea era mucho más fácil aquí. La disponibilidad de recursos naturales, que permitió alcanzar elevados niveles de ingreso en la Argentina a comienzos del siglo XX, sumado a un amplio grado de formación social y educativa, ofrecía una base de sustentación muy superior a la de aquel remoto y pobre rincón del Asia.

Primera aclaración necesaria sobre el rol de la burguesía

Burguesías hay en todos lados, pero no todas son revolucionarias, ni capaces de impulsar las fuerzas

¹ Corea pasó de unos 100 dólares corrientes *per capita* en 1960 a más de 10.000 dólares en el presente. Pero su crecimiento, del orden de 7% a 8% por año, implica un avance geométrico de aquel indicador, de modo que las cifras sólo tienen valor como ejemplo significativo.

² Entre las 500 empresas más grandes del mundo clasificadas por *Fortune* figuran ya 10 *chaebol*, que facturan entre 10.000 y 40.000 millones de dólares por año; en cambio, no hay ninguna de origen argentino.

productivas en el camino del desarrollo y la transformación social. Las que no lo son pueden ser definidas como burguesías a secas; el marxismo las definió a veces como compradoras o parasitarias. En cambio, conviene reservar el término de burguesía nacional para aquellos grupos sociales identificados con las tareas de promover el desarrollo de un país. Esos objetivos no son altruistas, sino que coinciden, naturalmente, con sus propios intereses o, mejor dicho, con la percepción de sus intereses de mediano plazo. La diferencia no es menor porque muchas de ellas mantienen visiones cortoplacistas que bloquean la visión del futuro posible; la visión de más largo plazo se construye, en general, a partir de la actividad propia de grupos de funcionarios públicos, e intelectuales, que se plantean el futuro y acomodan las políticas prácticas a las convergencias entre las demandas de distinto plazo. Lo esencial es que, a medida que se desarrolla auténticamente una nación, crece su demanda interna, progresan amplios sectores sociales y, también, las empresas que la abastecen y que se consolidan para alcanzar posiciones aún mayores en el ámbito mundial. El desarrollo real es un proceso que puede beneficiar a amplias capas de la población (aunque no todos reciban una proporción semejante de esos beneficios) porque, al ampliar la capacidad productiva de una nación, se amplía la demanda de trabajadores (desde los intelectuales hasta

los manuales) que, a su vez, se convierten en demandantes de nuevos bienes y servicios.

En el espíritu de Marx y Engels está presente la idea de que el mejor reparto que se pueda hacer de los bienes disponibles en los países pobres no alcanza para salir de la prehistoria y cambiar la humanidad. Hace falta el incremento sostenido de la riqueza, generado por la revolución técnica y organizativa de la producción, para disponer de una plataforma formidable que permite plantear nuevas posibilidades y tareas. El socialismo que proponían era una utopía para las sociedades ricas y no imaginable para las pobres. No se trata de negar la importancia de la equidad, que es un valor en sí mismo, sino de señalar sus límites prácticos frente a los horizontes inimaginables hasta hace poco que abre la aplicación sin pausa de la ciencia y la tecnología a la producción y al cambio social.

Esos pensadores imaginaban el socialismo como un sistema basado sobre el potencial de la riqueza social casi sin límites que creaba la burguesía revolucionaria. Tanto es así que los primeros partidos herederos de esas ideas estaban convencidos, a fines del siglo XIX y también a comienzos del XX, de que lo que ellos llamaban la "revolución democrático burguesa", encargada de remover las últimas trabas al desarrollo de una moderna sociedad industrial, precedería inevitablemente a la revolución socialista. El propio Lenin afirma-

ba esa tesis sin descanso hasta que cambió, repentinamente, de idea en abril de 1917, en medio de la oleada revolucionaria en Rusia; la historia registra las protestas de muchos de sus compañeros que no podían comprender ese cambio de paradigma de su líder político. Recién a partir de entonces se comenzó a imaginar, y poco tiempo después a ensayar, la posibilidad de encarar el desarrollo sin burguesía en un país subdesarrollado. Esa tarea se apoyó sobre la tesis conformista del “socialismo en un solo país” que dictaminó Stalin para cambiar el rumbo de sus políticas cuando se agotaron las esperanzas de los bolcheviques en una revolución en Alemania (y de allí hacia toda Europa occidental) que asegurara el avance de Rusia. De la esperanza en el socialismo en escala planetaria se pasó a una tesis localista que se convirtió, sin embargo, en dogma de fe, tal como ocurrió con la mayoría de los balbuceos argumentales de aquel déspota. La Unión Soviética, primero, y otros países algunas décadas más tarde, entraron a tontas en un camino no conocido, buscando crear desde la nada los instrumentos y estructuras que no había construido la burguesía, con resultados positivos pero que difícilmente pueden ser evaluados como edificantes. Después de nada menos que 70 años de aplicación del comunismo, un plazo histórico notablemente prolongado para una experiencia de cambio tan profundo,

la Unión Soviética se derrumbó exhibiendo una sociedad que no había llegado ni lejanamente a igualar siquiera las variables positivas que hoy caracterizan a las más desarrolladas (pero manifestando muchas de las negativas).

El gobierno soviético podía fabricar armas nucleares y satélites pero no podía ofrecer un nivel de vida razonable a sus ciudadanos; menos aún, no sabía ni podía ponerse a la vanguardia de la revolución tecnológica que alimenta la transformación social. No parece poca cosa que no se conozca ningún producto nuevo, ni medicamento ni equipo para mejorar las condiciones de la vida cotidiana, que se haya forjado durante ese largo período en la nación que era considerada la segunda potencia mundial y rival del capitalismo. Buena parte de la culpa fue atribuida a las barbaridades del stalinismo, que estremecen aún hoy a la conciencia humana, pero Stalin murió 40 años antes del colapso de la Unión Soviética y sus sucesores no fueron capaces, o no tuvieron intenciones, de encontrar un rumbo diferente por razones que se deben explicar con argumentos sociales y económicos. El carácter casi espontáneo de ese colapso es otra señal de la debilidad profunda de un régimen que se exponía, oralmente, como destinado a superar y reemplazar al capitalismo.

Es cierto que estos últimos diez años de transición han contribuido

a destrozarse buena parte del tejido social y cultural forjado en la Unión Soviética durante el período comunista, pero aún así el balance es lamentable. El producto per capita de la Rusia actual es inferior al que registra el Brasil, país a quien nadie pondría en la categoría de desarrollado; peor aún, la franja de naciones de la ex Unión que se recuestan sobre el costado sudeste de su geografía, en la zona del Cáucaso (como Chechenia, Kurdistán, etc.) no exhiben mejores signos de ingreso y bienestar que las naciones menos favorecidas del mundo. La semejanza de su situación económica y social con la de sus vecinos pobres, del otro lado de la frontera asiática, que nunca pasaron por el socialismo, no es menos sorprendente cuando se consideran los discursos elogiosos del pasado a la “solidaridad socialista”. Y esa semejanza pasa también por el hecho de que esas nuevas naciones parecen demasiado dispuestas a embarcarse en las luchas fratricidas que caracterizan a toda esa región del planeta y que, sin duda, hubieran provocado los comentarios más despectivos del propio Marx sobre su atraso histórico si las hubiera visto como están ahora.

En resumen, un siglo y medio después del *Manifiesto* no han surgido opciones claras, en la práctica, a las tareas de transformación que emprendieron algunas burguesías en algunas partes del mundo y que, por eso, fueron

llamadas nacionales o industriales. En parte, ese fracaso depende del propio desarrollo de los países que tomaron la posta en la carrera mundial y cerraron el paso a los otros, pero esas relaciones no alcanzan para explicar las diferencias. Primero, porque hay naciones pobres que crecen y parece difícil asignarle al imperialismo (para utilizar una palabra simplificada de conceptos mucho más complejos) la hegemonía absoluta sobre el planeta, sumado a una actitud tan esquizofrénica y cínica como la querer el desarrollo de algunos y negarse al de otros. Sin duda, Corea del Sur y Taiwan se vieron favorecidos por su situación en la frontera con el comunismo, pero eso no ocurrió con Afganistán o Turquía que presentan una ubicación semejante. Ese argumento tampoco permite explicar el increíble avance actual de la China a la que ya no puede calificarse de comunista (más allá de que el control político del país siga en manos de un partido de ese nombre). Segundo, porque el desarrollo no es un proceso espontáneo, como lo suponen los modelos a la Rostow o los más formales del mercado, visto como *Deus ex machina* del progreso, sino el producto de una decisión consciente tomada por actores locales decididos y con fuerza política y social para enfrentar a quienes se oponen. Uno de los mayores problemas del subdesarrollo reside, precisamente, en la ausencia de esos actores porque sin ellos no

hay solución. La burguesía nacional fue un actor relevante en ese sentido en muchas naciones y, al menos hasta ahora, no se visualiza otro actor social con un dinamismo semejante, aunque eso no quiera decir que no pueda aparecer en el futuro (de nuevo, conviene recordar que un diagnóstico correcto no lleva necesariamente a un pronóstico acertado).

Segunda aclaración necesaria sobre el carácter de la burguesía

No bien se comienza a hablar de la burguesía, una cantidad de intelectuales piensa, con un clásico reflejo pavloviano, en los empresarios y, sobre todo, en los dueños de fábricas. E inmediatamente comienzan a mirar a la clase empresaria en busca de sus presuntos o potenciales gérmenes transformadores (o revolucionarios). Pero el concepto de empresario o patrón, es diferente del concepto de burguesía. Esta última idea clasifica a un conjunto social más amplio que la del mero empresario; la burguesía, como noción, abarca a los empresarios pero no se limita a ellos. El concepto de burguesía incluye, al menos, a los intelectuales que promueven su avance, a los funcionarios públicos que la apoyan, a los políticos y a otras capas sociales dispuestas a acompañarla. Las traducciones de los textos fundadores vuelven a confundir el sentido del término, porque Marx

hablaba de los intelectuales “de” la burguesía y eso fue leído como si los intelectuales fueran dependientes de la burguesía y no parte de ella. Es cierto que algunos son comprados, o seducidos, por los empresarios, pero hay muchos que defienden el desarrollo como proyecto económico y social y sus acciones convergen con los agentes que pueden promoverlo sin ser empleados de los otros. La diferencia resulta esencial porque en un caso predomina la visión de un solo grupo social líder que dirige a los otros, mientras que, en el otro, puede admitirse la presencia de una alianza de sectores, con fuerza diferente, pero no por eso menor en sus consecuencias, que provoca el desarrollo.

De nuevo, la experiencia de Corea del Sur resulta sugestiva. No había empresas en ese país a mediados del siglo XX y, naturalmente, tampoco había empresarios dignos de ese nombre. En ese entonces, las tareas del desarrollo fueron imaginadas inicialmente por un grupo de militares y tecnócratas en el poder que lo veían como la única manera de consolidar su nación, frente al desafío y la amenaza del comunismo en la porción Norte del territorio. Toda la literatura disponible sugiere que fue la política del gobierno la que creó los grupos empresarios coreanos y los apoyó hasta que se consolidaron productivamente. El apoyo incluyó la reserva del mercado local, la restricción a la entrada del capital ex-

terno en diversas actividades, la oferta de créditos fáciles a tasas muy bajas de interés, las compras estatales dirigidas a ellos, etc. Uno de los resultados más espectaculares fue que el dueño de un pequeño taller barrial de reparación de automotores se convirtió, gracias a ese apoyo, en la cabeza de uno de los más poderosos grupos empresarios en el ámbito internacional. El proceso no estuvo exento de corrupción, tema que hoy preocupa a Corea, pero esa corrupción no impidió el desarrollo sino que lo acompañó en sus primeras etapas mientras funcionarios, intelectuales y empresarios preparaban las condiciones para el "gran salto adelante" de los empresarios a quienes daban vida.

Algo similar puede decirse del Brasil, con todas las restricciones que corresponda. Fueron los gobiernos militares de aquel país, desde mediados de la década de los sesenta en adelante, los que impulsaron el desarrollo nacional y la construcción de una clase empresaria con cierta vocación de burguesía nacional, aunque los resultados no se parezcan tanto a los observados en los casos exitosos en la historia moderna. Ese primer período, señaló un intelectual brasileño, se caracterizó porque nunca antes tanta gente se hizo tan rica sin merecerlo. Aun así, muchos de ellos se hicieron ricos en la producción, en fuerte contraste con la Argentina moderna, donde también hubo muchos que se hicieron ricos sin merecerlo pe-

ro con el agravante histórico de no haber pasado jamás por la propiedad de una empresa productiva.

Estas imágenes remiten al argumento de que el estado puede tener relativa autonomía de las clases sociales locales. Una frase alisonante de Marx parecía negarlo, al decir que el estado es el "comité ejecutivo" de la clase dominante, expresión que fue tomada al pie de la letra por sus seguidores. Pero el propio Marx, que era muy cuidadoso en sus análisis prácticos, señaló, por ejemplo, la autonomía relativa de Luis Bonaparte y su estado en la Francia de mediados del siglo XIX. Irónicamente, un argumento fuerte en un análisis concreto se convirtió en especial; contra el sentido común, esa frase marcando el fenómeno de la independencia relativa del estado en determinados momentos, llevó a la noción de lo que se denominó *bonapartismo*, suponiendo que se trataba de un caso particular de lo que se consideraba una rígida ley social. El control absoluto de la burguesía sobre el estado se convirtió en dogma de fe, aunque la repetición del fenómeno de la independencia relativa de éste en distintos ámbitos y en diferentes momentos de la historia permite sostener lo contrario: el bonapartismo se parece más a la forma real de la autonomía del estado, aunque ocurra sólo en determinadas oportunidades, y tiene poco de especial. El control hegemónico del estado por la clase dirigente es una de las formas ela-

boradas por la historia pero no la única sino el ideal al que tiende esa clase, aunque no siempre lo consiga. De allí que parece más lógico hablar de grados de autonomía que del control absoluto de una clase.

En definitiva, hay dos cuestiones que se deben precisar para debatir el tema. Primero, el argumento consistente en que la burguesía es mucho más que la clase de los empresarios en sí permite desmontar la cuestión, tan repetida en el país, de cómo se hace el desarrollo si no hay burguesía. No hay muchos empresarios locales que tengan como objetivo el incremento de la producción y de las técnicas para lograrlo, pero ellos pueden ser incentivados, mientras se crean otros nuevos, hasta que ocupen un espacio más amplio en el panorama político, económico y social. Como en la vieja pregunta casi filosófica de quién nació primero, el huevo o la gallina, la respuesta práctica es que se puede comenzar con uno de los dos para tener luego a ambos. En este punto entra la cuestión del estado y su grado de autonomía relativa respecto de la clase dominante como un factor que no puede ignorarse en una reflexión de este tipo (no para decir que el estado es autónomo por definición sino para observar el proceso completo de su organización y conducta para evaluar su potencial influencia en el desarrollo).

Las iniciativas de dirigentes polí-

ticos, intelectuales y funcionarios en pro del desarrollo y, con él, de la burguesía nacional como agente funcional a ese proceso, se repiten en todas las historias exitosas. En rigor, parecen muy escasas las ocasiones en que se puede observar la presencia de un grupo de empresarios que demanda políticas de desarrollo antes que otros grupos sociales. Y esto se explicaría hasta por el absurdo: si no hay políticas al efecto, ¿de dónde salen y cómo crecen originalmente esos presuntos empresarios nacionales? El cada vez más vasto y complejo debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo exhibe esa problemática y sus impactos sobre el pensamiento académico y político. Algunos trazan a una burguesía creciendo en el seno del sistema feudal, hasta que en algún momento, se vuelve contra éste, mientras otros ven fuerzas externas al sistema social que incentivan el cambio. Los argumentos se afilan pero las dudas se mantienen mientras que las soluciones ocurren en la experiencia social, la única en definitiva, que ofrece la verdad que deben analizar los científicos.

La dura experiencia argentina

La experiencia argentina muestra las dificultades de avance de una burguesía productiva en una nación donde la fertilidad de la pampa ofrecía, pródiga, los frutos de la riqueza sin el recurso a la

tecnología y la producción moderna. La poderosa imagen de una región cuyos recursos naturales podían sostener el progreso ilimitado del país era dominante, con cierta lógica histórica, a comienzos del siglo XX, pero se mantiene, todavía, en amplios sectores sociales que siguen mirando con melancolía ese pasado que creen exitoso.

Tuvo que ocurrir la enorme crisis de 1929 y sus prolongados efectos negativos para que el proceso comenzara a cambiar en la práctica, aunque no en la mentalidad de los grupos dirigentes, que seguían esperanzados en un regreso a la economía agroexportadora que tan buenos resultados parecía haber dado al país. La lenta puesta en marcha o ampliación de empresas fabriles, junto con el demorado proceso de organización de un aparato estatal preparado para sostener su marcha mediante el control aduanero, las medidas de “compre nacional”, el crédito, etc., fueron creando las condiciones para un avance que a mediados de la década de los setenta exhibía el potencial para un cambio progresista. Parece evidente que esa nueva burguesía no era tan revolucionaria -ni tan independiente- como para enfrentar abiertamente a los terratenientes y al imperialismo, pero sí que tenía capacidad para preparar una nueva configuración de fuerzas en el país que podía haber dado lugar a nuevos cambios. Aun así, marcaba un camino. Alguna vez los mar-

xistas clásicos recurrieron al argumento original del “camino prusiano” para dar cuenta de un fenómeno histórico distinto a los postulados clásicos que parecían señalar la destrucción de los terratenientes como condición inevitable de la revolución burguesa.

El avance fabril, que forjaba una nueva clase obrera, fue destruido a partir del golpe de estado de 1976. Los militares argentinos, a diferencia de sus semejantes en otras naciones, fueron liderados por un grupo que se asoció con el antiguo poder económico y social local para dar lugar a una experiencia que terminó por modificar la Argentina, pero en sentido inverso al deseado para el desarrollo. La política monetaria y especulativa que se inició entonces, y que se repitió hasta llegar al paroxismo en la década de los noventa, destruyó la mayor parte de las bases productivas del país, así como buena parte de la estructura del sector público que las había alimentado, mientras preparaba las condiciones de una sociedad supuestamente renovada. Esta nueva organización se basa sobre la oferta creciente de materias primas, condición que permite que ella sea acompañada por la desocupación masiva y el hambre en el “granero del mundo”.

El retroceso argentino ofrece un paradigma en un mundo plagado de fenómenos negativos. En pocas sociedades se asistió a un desmantelamiento tan amplio de

los factores posibles del desarrollo con excepción, quizá, de Rusia (y alguno de sus antiguos satélites), en la década de los noventa. No cabe duda de que ese retroceso afectó no sólo a los empresarios (en la medida en que desaparecieron muchos de los más activos mientras otros cambiaban su actitud para sobrevivir), sino también a la mayoría de los funcionarios públicos (debido al desmantelamiento de buena parte del aparato estatal creado durante las décadas previas) y a una fracción de los intelectuales (parte de los cuales pasaron a cobijarse bajo la protección de los nuevos amos del país).

La fascinación crítica de algunos observadores actuales frente a los grandes grupos económicos locales tiende a ignorar que estos tienen una parte apreciable del poder pero no todo el poder. La hegemonía real está en manos de los grupos financieros, y algunos sectores asociados, que han logrado transformar a la Argentina a su imagen y semejanza con las consecuencias que están a la vista de todos. La batalla por el desarrollo exige enfrentar a esos grupos en condiciones sociales difíciles, en las que la desaparición de varios de los antiguos actores potencialmente progresistas es uno de los elementos negativos. Pero

las opciones a dar la batalla por el desarrollo parecen más difíciles aún: o un estancamiento prolongado que lleva al conflicto creciente, dada la imposibilidad de que se puedan satisfacer las más mínimas demandas sociales, o un cambio profundo hacia los modelos que fracasaron en otros lados y que se pueden volver a intentar aquí. Más que explorar esos temas decisivos, vamos a volver sobre la cuestión de la burguesía nacional, explorando un ejemplo especial.

La experiencia de SIAM

La historia de la mayor empresa metalmecánica de toda la América latina ofrece datos que merecen ser tomados en cuenta en este análisis³. SIAM fue fundada por un auténtico capitán de industria, Torcuato Di Tella, en 1911 y desde entonces emprendió un camino típico de las grandes empresas industriales dinámicas y exitosas. Di Tella comenzó construyendo máquinas para amasar pan, siguió fabricando surtidores de combustible para YPF y se lanzó, a fines de la década de los veinte a una enorme inversión fabril para liderar la producción del sector en el país. Algunos funcionarios públicos, entre los que se incluye el general Mosconi, entonces presi-

³ Esta parte de la presentación adelanta un resumen de un estudio sobre la empresa que estamos llevando a cabo con Marcelo Rougier y del cual se presenta un artículo en este mismo número.

dente de YPF, contribuyeron enérgicamente a ese proceso de consolidación. La crisis de la década siguiente obligó a la empresa a convertirse, de modo que muy pronto fue productora de heladeras comerciales y otras que le permitieron hacer conocer su marca en todo el país. La década de los cincuenta fue de consolidación, otra vez con el apoyo estatal, mientras la empresa se lanzaba a fabricar desde todo tipo de bienes durables para el hogar hasta motonetas y, finalmente, entrar a la industria automotriz.

Interín, el fundador falleció y comenzaron los típicos problemas de encontrar a un nuevo líder. Los directores no tenían esa capacidad y los hijos no querían ocupar ese puesto que quedó relativamente vacante durante, quizá, demasiados años. En ese período de transición, la empresa realizó apuestas apreciables hasta encontrarse, de pronto, en una "crisis de crecimiento": abultadas deudas y problemas de competencia en el mercado comenzaron a presionar sobre un conglomerado cuya dimensión ya escapaba a los controles fáciles de una persona o familia.

El tema está en estudio, pero a comienzos de la década de los setenta se aprecia una empresa con escasa dirección técnica, agobiada por deudas financieras y acometida por un estado que parecía demasiado interesado en cobrar sus impuestos. Para decirlo de

manera muy sintética, había funcionarios que veían en SIAM un contribuyente, cuya caída podía provocar problemas de empleo (dada la cantidad de operarios que tenía entonces) pero que no siempre la consideraban como lo que era: un acervo productivo de importancia potencial decisiva para el país.

Las posiciones al respecto no eran unánimes. Algunos funcionarios pensaban de manera positiva y algunos de ellos participaron en la intervención oficial de la empresa, que quedó bajo la gestión pública debido a sus deudas con el Tesoro. Pero poco después cambió la orientación del gobierno argentino, debido al golpe militar de 1976, y SIAM quedó como rehén de ministros que despreciaban a la industria y miraban con temor la presencia masiva de trabajadores en las plantas fabriles. La empresa fue agonizando durante años mientras se intentaba, sin éxito, privatizarla. Cuando se recuperó la democracia, SIAM era una sombra y su destino ofrecía pocas expectativas. Finalmente, fue privatizada por sectores de actividad aunque las nuevas empresas resultantes fueron cerradas, en su mayoría, en el curso de la década de los noventa.

La moraleja es bastante clara. La empresa no pudo reconstituir una dirección adecuada para sus dimensiones luego de la muerte del fundador, pero el estado no supo cómo ayudar en la tarea. Librados

a sí mismos, los empresarios pueden fallar. Librado a sí mismo, el estado puede no saber qué hacer. Pero el problema argentino, visto en este caso especial, fue que ni la dirección de la empresa ni la dirigencia estatal fueron capaces de converger hacia la protección de un acervo productivo y su desarrollo posterior. Esta es una de las mayores diferencias que se observan en el caso argentino con el coreano, por ejemplo, que tendía a considerar a sus empresas locales como parte del desarrollo nacional. En otras palabras, el fracaso del proyecto implícito en SIAM

se debió a la ausencia de una burguesía real (la que incluye al estrato de empresarios y funcionarios públicos que la acompaña) capaz de consolidar un proceso donde ni siquiera parecía imprescindible enfrentar a la burguesía o al imperialismo.

Para que aquella situación no vuelva a repetirse harán falta empresarios, pero también, y quizá sobre todo, funcionarios e intelectuales que crean en esa evolución y sean capaces de forjar las herramientas para consolidarla.

Noviembre 2003

